

La catequesis requiere método, planeación, preparación y disciplina

4. Transmitir a los niños y a los adultos el don integral de la fe¹

1. Hemos recordado ya que la catequesis es obra de la Iglesia, que difunde la Buena Noticia en el mundo y trata de reforzar su vida sacramental por medio de un mejor conocimiento del misterio de Cristo.

Con la catequesis y con todo el conjunto de la obra de evangelización, la Iglesia sabe que está respondiendo a los problemas esenciales del hombre, a los que cada uno se plantea o se irá planteando antes o después, a lo largo de su existencia:

¿De dónde viene el hombre?

¿Por qué existe?

¿Qué relaciones tiene con Dios y con el mundo visible?

¿Cómo deberá comportarse para alcanzar el objetivo de su vida?

¿Por qué está sometido al sufrimiento y a la muerte?

y ¿Cuál es su esperanza?

A estos problemas la catequesis da la respuesta de Dios.

Y se propone hacer comprender una doctrina que no es meramente el fruto de investigaciones personales, sino la verdad comunicada a la humanidad mediante la Revelación divina.

Por ello, al transmitir la verdad de la salvación, la catequesis se ocupa de hacer manifiestos los interrogantes fundamentales nacidos en el corazón humano y demostrar que Dios ha respondido a través de su Revelación con un don de verdad y vida que supera las expectativas más profundas del hombre (cf. 1 Co 2,6-9).

Su tarea consiste en dar certezas basadas en la autoridad de la Revelación.

2. La catequesis, lejos de levantar dudas o confusión al considerar los problemas, quiere iluminar la inteligencia y vigorizarla con convicciones sólidas.

Claro está que con las respuestas que proporciona introduce al espíritu humano más profundamente en el misterio de la Revelación; pero este misterio comunica luz al entendimiento sin disipar todas las oscuridades mientras estemos en la vida terrena.

No se puede entender todo, pero lo que se comprende es suficiente para indicar las verdades fundamentales y el significado de la vida.

Con una serie de preguntas y respuestas, frecuentemente las fórmulas de los catecismos han expresado concreta y prácticamente la estructura fundamental de

¹ Audiencia general, 9 de enero, 1985.

la catequesis, que puede definirse como la confrontación de la pregunta del hombre con la respuesta de Dios.

Es verdad que la pregunta del hombre está inspirada e iluminada por la gracia divina y que, por otra parte, la respuesta de Dios viene formulada con los límites e imperfecciones del lenguaje humano.

Pero se trata ciertamente de interrogantes propios del hombre, interrogantes sobre los que la catequesis proyecta luz divina.

Esto quiere decir que, sin dejar de atender al lado humano de los problemas, la catequesis no se limita a reflexiones de carácter humano ni a investigaciones de orden filosófico, psicológico o sociológico, ni tampoco al esfuerzo de enunciar meramente los preámbulos de la Revelación.

La catequesis ha de exponer y lograr que se capte la verdad revelada, que no puede de ninguna manera reducir o atenuar.

Procura adaptar su enseñanza a la capacidad de quienes la reciben, pero no se arroga el derecho de paliar o suprimir una parte de la verdad que el mismo Dios ha querido comunicar a los hombres.

3. Vale la pena recordar aquí lo que puse de relieve en la Exhortación Apostólica *Catechesi tradendæ* (ne: La transmisión de la catequesis) sobre la integridad del contenido de la catequesis:

«A fin de que la oblación de su fe sea perfecta, el que se hace discípulo de Cristo tiene derecho a recibir la <palabra de la fe> no mutilada, falsificada o dismuida, sino completa e integral, en todo su rigor y vigor.

Traicionar en algo la integridad del mensaje es vaciar peligrosamente la catequesis misma y comprometer los frutos que de ella tienen derecho a esperar Cristo y la comunidad eclesial» (30).

Puede ocurrir que el mensaje parezca difícil de dar a entender y ser aceptado.

Circulan en el mundo muchas ideas contrarias a la doctrina evangélica e incluso algunas mantienen una actitud de oposición a cuanto se enseña en nombre de la Iglesia.

Ante las resistencias que encuentra quien se dedica a la catequesis, podría verse tentado a echarse atrás, a no exponer el mensaje cristiano con toda su verdad y todas sus exigencias de vida, a limitarse a algunos puntos más fáciles de admitir.

Entonces precisamente debe acordarse de que está encargado de una enseñanza que lo supera y debe esforzarse por proponerla como la ha recibido; sobre todo ha de tener conciencia de que su tarea catequética dispone de fuerza divina que le hace capaz de transmitir su fe, y que en el corazón de sus oyentes el Espíritu Santo hace que penetre la palabra en la medida en que ésta es fiel a la verdad que debe expresar.

4. El problema de la catequesis es un problema de fe. ¿Quién hubiera pensado en los orígenes de la Iglesia que un reducido número de discípulos de Jesús iba a poder emprender la obra de evangelizar y catequizar a la humanidad entera?

Y, sin embargo, así fue: ya desde el principio el mensaje cristiano consiguió penetrar en la mentalidad de un gran número de hombres.

Lo que hizo la gracia entonces, y luego a lo largo de los siglos sin cesar, lo sigue realizando también hoy.

Por tanto, la catequesis cuenta con la potencia de la gracia para transmitir a los niños y adultos el don integral de la fe.

Todo catequista tiene el encargo de comunicar el mensaje cristiano entero, y del mismo Cristo recibe la capacidad e cumplir plenamente esta misión.

6. Características de la enseñanza catequística²

1. La catequesis plantea problemas de pedagogía. Sabemos por los textos evangélicos que el mismo Jesús quiso afrontarlos:

- * En su predicación a las muchedumbres se sirvió de parábolas para impartir su doctrina de modo adecuado a la inteligencia de sus oyentes.
- * En la enseñanza a los discípulos procede gradualmente, teniendo en cuenta sus dificultades en comprender; y así sólo en el segundo período de su vida pública anuncia expresamente su camino doloroso y sólo al final declara abiertamente su identidad de Mesías y también de «Hijo de Dios».
- * Constatamos asimismo que en los diálogos más reservados comunica su revelación respondiendo a las preguntas de los interlocutores y usando un lenguaje accesible a su mentalidad.
- * Algunas veces El mismo hace preguntas y suscita problemas.

Cristo nos ha hecho ver la necesidad de adaptar la catequesis de muchas maneras, según los grupos y personas a los que va dirigida.

Nos ha indicado igualmente la índole y límites de dicha adaptación; presentó a sus oyentes toda la doctrina para cuya enseñanza había sido enviado y, ante las resistencias de quienes escuchaban, expuso su mensaje con todas las exigencias de fe que comportaban.

Recordemos el sermón sobre la Eucaristía, con ocasión del milagro de la multiplicación de los panes; no obstante las objeciones y defecciones, Jesús sostuvo su doctrina y pidió a sus discípulos su adhesión (cf. *Jn* 6,60-69).

Al transmitir a sus oyentes la integralidad de su mensaje, contaba con la acción iluminadora del Espíritu Santo que iba a hacer comprender más tarde lo que no podía entenderse inmediatamente (cf. *Jn* 14,26; 16,13).

Por tanto, tampoco para nosotros la adaptación de la catequesis debe significar reducción o mutilación del contenido de la doctrina revelada, sino más bien esfuerzo por hacer que se acepte con adhesión de fe, a la luz y con la fuerza del Espíritu Santo.

² Catequesis del Papa Juan Pablo II, 16 de enero, 1985.

2. Siguiendo el ejemplo del único Maestro, que es Jesús, en su catequesis, la Iglesia ha procurado adaptarse a las personas a quienes quería comunicar la luz del Evangelio.

Este esfuerzo por adaptarse se ha manifestado de manera particular en tiempos recientes, que se han caracterizado por el progreso en la especialización catequética.

De hecho se han multiplicado los institutos de formación catequética, se han estudiado sistemáticamente los métodos de la catequesis y se han propuesto los caminos más eficaces de enseñanza religiosa.

Es de desear que este esfuerzo continúe y siga progresando.

Los problemas de la adaptación son muchos y difíciles, cambian según lugares y tiempos, y no dejarán de seguir planteándose también en el futuro.

Hay que notar que estos problemas hoy están relacionados con los del desarrollo de los nuevos medios de comunicación social:

- * Al lado de formas sencillas y tradicionales de catequesis, hay lugar para una enseñanza catequística que emplee los medios más modernos de la difusión.
- * La Iglesia no puede dejar de alentar los intentos de crear formas nuevas de transmisión de la verdad evangélica.
- * Toda buena iniciativa en este campo debe verse con favor y nos debemos felicitar con quienes asumen el papel de pioneros en ese campo.

3. Por consiguiente, la catequesis no pretende fosilizarse en lo que se hizo anteriormente. (ne: fósil es cualquier resto de seres que existieron en tiempos antiquísimos, como momias, esqueletos, huesos, pelo, semillas, ramas, hojas, flores, frutos, polen, conchas; también las piedras o barro que antes de consolidarse quedaron estampadas con imágenes de aquellos objetos. Fosilizarse es que se quiera mantener necesariamente invariable lo que se hizo anteriormente, obstaculizando los avances debidos a la experiencia y el estudio).

Como reconocí en la Exhortación *Catechesi tradendæ*, la catequesis «tiene necesidad de renovarse continuamente en un cierto alargamiento de su concepto mismo, en sus métodos, en la búsqueda de un lenguaje adaptado, en el empleo de nuevos medios de transmisión del mensaje» (n. 17).

Puede decirse que la catequesis, como la Iglesia misma, está siempre en tensión hacia un porvenir mejor que el pasado, porvenir que exige colaboración activa de todos los interesados y apertura atenta a los progresos de la sociedad humana.

La necesidad de renovación pide esfuerzo constante de reflexión sobre los resultados obtenidos:

- No se puede partir del principio de que todo lo nuevo es bueno y fecundo; lo importante es verificar con la experiencia la eficacia del camino que se ha seguido.
- Si en tiempos recientes ha habido un esfuerzo notable en el desarrollo de los métodos catequísticos, no se puede sin embargo ignorar que en varios lugares se han lamentado, frecuentemente lagunas y resultados nada felices en ciertos métodos nuevos.

El Sínodo de 1977 no dejó de indicar: «junto a un progreso innegable en la vitalidad de la actividad catequística y a iniciativas prometedoras, las limitaciones e incluso las deficiencias de lo que se ha realizado hasta el presente» (*Catechesi tradendæ*, 17).

Dichas deficiencias deben provocar la revisión atenta de los medios empleados y de la doctrina transmitida.

4. El Sínodo destacó en especial la necesidad de una enseñanza orgánica y sistemática, no improvisada.

Si es verdad que «la repetición rutinaria lleva al estancamiento, al letargo y, en definitiva, a la parálisis», es preciso reconocer también que «la improvisación irreflexiva engendra desconcierto en los catequizados y en sus padres, cuando se trata de los niños, causa desviaciones de todo tipo, rupturas y finalmente la ruina total de la unidad» (*ib.*).

Además del carácter sistemático con programa y objetivo preciso, otras tres características de la enseñanza catequística fueron recordadas al final de los debates del Sínodo:

- * debe ser una enseñanza que insista en lo esencial,
- * que «no pretenda abordar todas las cuestiones disputadas ni transformarse en investigación teológica o en exégesis científica;
- * una enseñanza, no obstante, bastante completa, que no se detenga en el primer anuncio del misterio cristiano, cual lo tenemos en el *Kerigma* (*νεκήρυγμα*, proclama);
- * una iniciación cristiana integral, abierta a todas las esferas de la vida cristiana» (*Catechesi tradendæ*, 21).

La voluntad de dar una enseñanza brota espontáneamente de una actitud de fe y amor que se adhiere a toda la Revelación y desea comunicarla:

- * El espíritu de fe es esencial a toda catequesis cristiana. No serían suficientes la búsqueda y puesta a punto de los métodos más aptos, si no estuvieran animados de dicho espíritu de fe.
- * Los aspectos científicos de la pedagogía no podrían suplir una falta de fe. En realidad, la fe es la que estimula al catequista a buscar el método mejor para exponer y transmitir la doctrina.
- * La fe es la que constituye el alma de la catequesis e inspira todo el esfuerzo de la pedagogía en la enseñanza religiosa.

Por otra parte, siendo la catequesis uno de los modelos de transmitir la Revelación en la Iglesia, no puede menos de estar regulada en sus contenidos y métodos por la estructura propia de dicha transmisión, la cual comporta conexión indisoluble entre

- * Sagrada Escritura,
- * Tradición y
- * Magisterio (cf. *Dei Verbum*, 10).

Sobre esta estructura tendremos ocasión de volver en Instrucciones posteriores.

5. La enseñanza de la doctrina cristiana³

1. Para la Iglesia, la labor de catequesis comporta una intensa obra de formación de los catequistas.

También en esto nos da luz el ejemplo de Cristo. Durante su ministerio, Jesús se dedicó sobre todo a formar a los que habían de difundir su mensaje por el mundo entero:

- ☉ Consagró mucho tiempo a predicar a las multitudes, pero reservó un tiempo mayor a formar a sus discípulos.
- ☉ Les hizo vivir en su compañía para inculcarles la verdad de su mensaje no sólo con sus palabras, sino con su ejemplo y con el contacto diario.
- ☉ A sus discípulos les descubrió los secretos de su reino, les hizo entrar en el misterio de Dios, cuya revelación traía El.
- ☉ Suscitó en ellos la fe y la hizo crecer progresivamente con una instrucción cada vez más completa.
- ☉ Cuando les confirió la misión de enseñar a todas las gentes, podía confiarles esta tarea, pues les había dotado de la doctrina que debían divulgar, si bien la comprensión plena de ésta les iba a venir del Espíritu Santo que les daría la fuerza divina del apostolado.

Al recibir esta lección del Maestro, la Iglesia atribuye una gran importancia a la formación de quienes tienen la tarea de enseñar la verdad revelada:

- * Entre éstos se cuentan en primer lugar con los Pastores, los que en virtud del sacerdocio han recibido la misión de anunciar la Buena Nueva en nombre de Cristo.
- * Figuran también todos los que comparten la misión de enseñar de la Iglesia, en particular los catequistas con dedicación plena y también los «voluntarios».

La formación de los catequistas es un elemento esencial del interés de todos por el crecimiento y vitalidad de la Iglesia.

Es necesaria en todos los sitios; su valor resulta aún más significativo en ciertos países donde los catequistas desempeñan un papel importante entre las comunidades cristianas que no disponen de un número suficiente de sacerdotes.

En algunos lugares puede decirse que la Iglesia vive gracias a la obra de los catequistas.

2. La formación catequética la asumen con frecuencia institutos especializados; es de desear que la formación de los catequistas se realice cada vez más en estos institutos donde reciben la instrucción doctrinal indispensable y la preparación en los métodos pedagógicos.

³ Catequesis del Papa Juan Pablo II, 6 de marzo, 1985.

La formación doctrinal es una necesidad fundamental, puesto que la catequesis no puede limitarse a enseñar un mínimo de verdades aprendidas y repetidas nemotécnicamente (ne: μνημοσύνη *mnemosine*, memoria, recuerdo; nemotécnicamente consiste en aprender y enseñar memorizando).

Si el catequista tiene la misión de inculcar toda la doctrina cristiana en sus oyentes, debe haberla aprendido bien previamente él mismo. No ha de ser mero testigo de su fe; debe comunicar su contenido.

La enseñanza que ha recibido en la preparación al bautismo, la confirmación o la comunión, muy a menudo no es suficiente para un conocimiento exacto y profundo de la fe que ha de transmitir. Es indispensable un estudio más sistemático.

En la práctica, a veces las circunstancias han forzado a los responsables de la catequesis a recurrir a la colaboración de personas de buena voluntad, pero sin una preparación adecuada.

Estas soluciones resultan en general incompletas.

Para garantizar una sólida catequesis en el porvenir, es preciso confiar esta obra a catequistas que han adquirido competencia doctrinal por medio del estudio.

Esta formación doctrinal es tanto más necesaria cuando el catequista vive un mundo donde se difunden ideas y teorías de todo tipo, y con frecuencia incompatibles con el mensaje cristiano.

Debe estar capacitado para reaccionar ante lo que ve y oye, y discernir lo que puede ser asumido de lo que debe rechazarse.

Si ha asimilado bien la doctrina cristiana y ha entendido bien su significado, podrá enseñarla con fidelidad, a la vez que mantiene abierto el espíritu.

3. Si bien el conocimiento de la doctrina revelada requiere un esfuerzo de la inteligencia, la formación doctrinal debe ser al mismo tiempo una profundización en la fe.

La finalidad esencial de la catequesis es la comunicación de la fe, y es ésta la que debe guiar el estudio de la doctrina.

Un estudio que ponga en discusión la fe o que introduzca dudas sobre la verdad revelada no puede servir a la catequesis.

El desarrollo de la ciencia doctrinal debe de ir de acuerdo con un desarrollo de la fe. Por esta razón los institutos de formación catequética deben considerarse ante todo como escuelas de la fe.

La responsabilidad de los profesores de estos institutos es todavía mayor porque su doctrina tendrá múltiple repercusión a través de los catequistas que ellos forman.

Es la responsabilidad de una fe que lleva consigo el propio testimonio y que manifiesta su afán en buscar el sentido auténtico de todo cuanto nos da la Revelación.

Además, los institutos de formación catequética tienen el deber de desarrollar el espíritu misionero en sus estudiantes. La catequesis no puede considerarse una mera actividad profesional, pues existe para difundir el mensaje de Cristo en el mundo; por este motivo es a la vez vocación y misión.

- * Vocación, porque hay una llamada de Cristo a los que quieren dedicarse a esta labor.
- * Misión, porque desde sus orígenes la catequesis se estableció en la Iglesia para cumplir la orden del Salvador resucitado: «Id, pues, enseñad a todas las gentes...» (Mt 28,19).

4. La enseñanza de la doctrina cristiana tiene por objetivo la difusión de la fe y no un mero conocimiento de la verdad; tiende a suscitar una adhesión de la inteligencia y del corazón a Cristo y aumentar la comunidad cristiana.

Por consiguiente, debe asumirse como:

- * una misión de la Iglesia y
- * una misión para la Iglesia.

Los catequistas contribuyen a la edificación del Cuerpo místico de Cristo, a su crecimiento en la fe y en la caridad.

Se espera que tengan este espíritu de misión no sólo los catequistas que despliegan su actividad en los llamados países de misión, sino igualmente todos los catequistas de la Iglesia, sea el que fuere el lugar donde enseñan.

El espíritu de misión mueve al catequista a emplear todas sus fuerzas y talentos en la enseñanza.

Lo hace más consciente de la importancia de su obra y lo hace capaz de afrontar mejor todas las dificultades, con mayor confianza en la gracia que lo sostiene.

Deseamos, pues, que los progresos en la formación de los catequistas contribuyan por doquier al desarrollo de la Iglesia y de la vida cristiana sobre la base de una fe sincera, convencida y coherente, a la que tiende la catequesis.